Dulces de humo

J. Valentina

Ilustrado por: **SPRINGKOLORS**

Latidos
EDITORIAL

©Latidos Editorial
Primera edición en Chile, Abril 2025.
ISBN: 978-956-09673-5-0

Todas las ilustraciones en el interior y exterior del libro pertenecen a:

©2025, Catalina Giselle Toloza Espinoza /Springkolors

Editora:
Cecilia Catalina Ormeño Torres

Diseño y diagramación:
Catalina Giselle Toloza Espinoza

Todos los derechos reservados.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmentes previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en: Gráfica LOM.

Tipografía: Biblioteca.

Para ti,
que ni siquiera un corazón destrozado te detiene.

Ser, reconocerse y vencer,
volver de nuevo a empezar
justo antes de terminar.
Estos son mis tres secretos,
guárdalos como amuletos:

crecer, besar y perdonar.

—**Chris Pueyo.**
«Los tres secretos».
Hombres a los que besé.

0. Un silencio doble

La tarde se siente fría, más que hace tan solo dos minutos, como si la primavera se estuviese desvaneciendo y trajera de vuelta las nubes grises del invierno. Su cabeza traduce el martilleo en su corazón como la reconstrucción de algo que estaba por derrumbarse.

Pese al silencio, en su mente unas burlas se unen al eco de las palabras que acaba de escuchar. Está encerrado en una burbuja de recuerdos que se vuelve cada vez más estrecha, porque ha decidido evocar todos los momentos en que se sintió tan feliz que creyó que pasaría el resto de su vida con la mujer que está de pie detrás de él.

Tras un suspiro que por poco lo ahoga, niega con su cabeza. Puede sentir cómo se le oprime el pecho y su pusilánime personalidad queda retratada, pues su única respuesta es un vago «¿qué?».

—Me has oído —dice ella con la misma dureza.

Livia Polh, su mujer, a quien ha confiado su vida, su corazón y su felicidad. La mujer de sus sueños. La única en su vida desde los quince años.

—No lo entiendo. ¿Por qué? ¿Qué sucedió?

—Se acabó, Anton, es todo. —Él niega con su cabeza—. ¿Puedes voltear a verme, por favor?

Así lo hace, cabizbajo, para nada listo para afrontarla. Las lágrimas le pican los ojos, está a punto de estallar.

—¿Es todo? —cuestiona sin poder creerlo y vuelve a negar con su cabeza—. ¿Así nada más?

—Ay, por favor, Anton. Es lo mejor para ambos. Ven aquí. —Palmea el sofá donde permanece sentada, conteniendo sus emociones por primera vez en años. Como siempre, él obedece y le extiende sus manos para que ella coloque las suyas encima—. No, Anton.

Sus manos, le está negando sus manos. Las que tan acostumbrado está a tener sobre sí. Es como si estuviese tratando con cualquiera menos él, Anton Jahn, con quien lleva ocho años casada.

—¿Cómo es que tú sabes lo que es mejor para los dos? —pregunta con voz suave, intentando que ella no tenga una reacción desfavorable a sus palabras.

Livia lanza un suspiro. No se atreve a mirarla, solo aguarda con tristeza y limpia las lágrimas que se le han escapado.

—Bien, pues es lo mejor para mí y no voy a echar pie atrás.

—¿Qué fue lo que hice?

—Nada, Anton, nunca haces nada —responde con sarcasmo—. Ese es el problema.

—¿Qué significa eso? —Comienza a perder la paciencia.

—Estoy cansada de vivir de esta forma. Siempre es lo mismo contigo, nunca puedo estar tranquila... y ya me cansé.

Las palabras le caen como un cubo de agua fría. Algo se remueve en su estómago y aprieta los dientes sin querer.

—¿O sea que es por *eso*? ¿Por la discusión de ayer?

—No te hagas el inocente ahora —Livia bufa—. Sabes bien lo que sucedió. Ya me harté. Te voy a dar la ventaja: me voy. Esto se acaba aquí y tú puedes hacer lo que quieras.

Finalmente, Anton levanta la mirada y se enfrenta a sus ojos, solo para descubrir que el amor se ha evaporado de su reflejo.

—Livia, por favor...

—Ya tomé mi decisión. Espero que, al menos, respetes esto.

Lo que Anton no sabe es que Livia ya se ha llevado sus cosas por la mañana, cuando él se encontraba en el trabajo. Por eso, no comprende del todo la expresión de su mujer cuando le dice «adiós», remarcando el «para siempre», con una expresión de molestia y malestar, como si le tuviese asco.

Por cada paso que Livia da para alejarse de él, sus lágrimas se acercan. El golpe de la puerta al cerrarse provoca que se deslicen, lo que termina de romperlo.

A veces, con amar no basta.

Y amar cuesta muy caro, por lo demás.